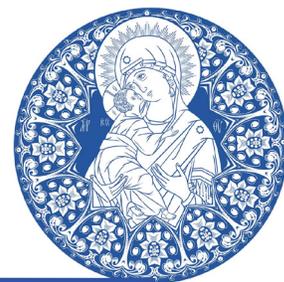


PARROQUIA DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

BOLETÍN SEMANAL DEL DOMINGO 2 DE FEBRERO DE 2020

CLERO: PADRE ECÓNOMO FRANCISCO SALVADOR - PADRE STAVROFORO SANTIAGO AGUILAR

PADRE DUŠAN MIHAJLOVIC - DIÁCONO PEDRO PABLO REYES



LA PUREZA DE LA ESPERA Y DE LA RECEPCIÓN

“Ahora, Señor, puede dejar que tu siervo se vaya en paz, pues mis ojos han visto la salvación”

Homilía de Monseñor Pablo Yazigi, Arzobispo de Alepo

En este día, Jesús entra con sus padres al Templo, y allí lo recibe el anciano Simeón en sus brazos, quien vino al templo guiado por el Espíritu. Y también estuvo presente, en ese momento, la profetisa Ana, avanzada en edad, quien vivía como viuda en el Templo desde hacía ochenta y cuatro años, sin apartarse de él, ofreciendo ayunos y oraciones, día y noche.

Jesús fue recibido en Jerusalén y en el Templo dos veces en forma especial. La primera recepción ocurrió aquí, cuando todavía era niño y tenía cuarenta días, antes de su manifestación pública a los treinta años. Y la segunda recepción se produjo cuando la gente lo recibió en su entrada triunfal a Jerusalén, al cumplir tres años de su manifestación pública, obra y predicación.

En su primera entrada en el Templo, percibieron Su divinidad tanto el anciano Simeón, como así también la profetisa Ana, quien pasó más de ochenta años en ayuno, oración y vigilia. Esta era la característica de aquellos que esperaban “la consolación de Israel”. En la segunda entrada, ocurrida después de todo lo que Jesús manifestó en palabras y obras, este fue recibido por el pueblo que lo rechazó un par de días después. Lo recibió para luego crucificarlo. Jesús decepcionó la espera de este pueblo, o al revés, los sueños del pueblo en cuanto al “Mesías” eran contrarios a lo que este manifestaba.

Aquí, en la fiesta de la Presentación del Señor al Templo, nos encontramos ante el anciano Simeón y la profetisa Ana, ambos guiados por el Espíritu para recibirlo con profecías y glorificaciones a Dios, antes de su manifestación pública. Allí, nos encontramos ante un pueblo que lo recibe, pero cuyos sueños lo condujeron a la cruz.

Por tanto, hemos de purificar nuestra espera de Dios. El encuentro con Dios es la sed verdadera que se encuentra en el fuero interno de cada persona. Pero, ¿cuántas veces este encuentro no se ha logrado, porque nuestra espera de Él estaba mezclada con nuestros sueños, cosas que no son ni de Él ni están en Él? ¿Cuántas veces el encuentro con Dios fue una sorpresa, y quizás algo más, un choque? ¿No es acaso que cuando tenemos una pura fe, lo encontramos como alegría y vida?

En muchos momentos de la vida, sentimos la presencia de Dios y su cercanía, a pesar de todas las nubes de preocupaciones e inquietudes que tenemos. Esto puede ocurrir en un momento de adversidad, de alegría, de escucha a la palabra divina, de comprensión de un texto espiritual o humano, de enfrentamiento consigo mismo ante diferentes deseos... Allí donde nos encontramos con Dios, la naturaleza de nuestro encuentro será determinada por la calidad de nuestra fe, sea ésta pura o corrupta.

Dios busca a toda alma, como el novio busca a su novia. En cambio, el hombre tarda en recibir a Dios que lo busca, o forma una imagen de este “Mesías” que no coincide con los motivos de su espera en su momento.

Comparando las dos entradas de Jesús al Templo, por un lado, nos damos cuenta de que la justicia de Simeón y las oraciones de Ana los han hecho esperar la verdadera consolación, a la cual el Espíritu los había guiado a encontrar, antes de que se manifestara públicamente. Y por otro lado, observamos que los deseos mundanos del pueblo no le permitieron al pueblo encontrarse realmente con Jesús, aún después de haber transcurrido tres años de su manifestación.

La espera de Simeón y de Ana se construyó sobre las piedras de la oración, del ayuno y del incienso del Templo, mientras que la espera del pueblo se edificó sobre el deseo del poder y los sueños mundanos. No podemos recibir a Jesús sino sólo después de un acto de fe que se conyuga con una vida de justicia.

Las presiones de la vida y las preocupaciones diarias hacen que el equilibrio entre la materia y el espíritu sea cada vez más frágil, y que la sed humana de Dios sea cada vez más fuerte. La espera del hombre para recibir a Dios en la vida se hace más ferviente y grande.

Si estas motivaciones de la vida diaria son para nosotros una razón para esperar que se realicen sólo sueños mundanos, entonces nuestro encuentro algún día con Jesús será una dura sorpresa. Y si dejamos que estas necesidades, en la fe, purifiquen nuestra espera, entonces encontraremos a Jesús, pero después de haber liberado nuestros deseos de motivaciones mundanas. Hemos de hablarle a Jesús en un momento de vigilia, de oración acompañada por el ayuno. Entonces, el día de nuestro encuentro con Él será nuestro gozo. Y exclamaremos tal como cantó Simeón: “Ahora, Señor, puede dejar que tu siervo se vaya en paz, pues mis ojos han visto la salvación”. Amén.



EPÍSTOLA

Prokimenon: Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque ha puesto los ojos en la humildad de Su esclava. Por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada.

Lectura de la Carta del Apostol San Pablo a los Hebreos (7:7-17)

Hermanos, sin discusión alguna, el menor es bendecido por el mayor. Y aquí ciertamente reciben los diezmos hombres mortales; pero allí, uno de quien se da testimonio de que vive. Y por decirlo así, en Abraham pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos, porque aún estaba en las entrañas de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro. Si, pues, la perfección fuera por el sacerdocio levítico —bajo el cual recibió el pueblo la Ley—, ¿qué necesidad habría aún de que se levantara otro sacerdote, según el orden de Melquisedec, y que no fuera llamado según el orden de Aarón?, pues cambiado el sacerdocio, necesario es que haya también cambio de ley; y aquel de quien se dice esto, es de otra tribu, de la cual nadie sirvió al altar. Porque sabido es que nuestro Señor vino de la tribu de Judá, de la cual nada habló Moisés tocante al sacerdocio.

Y esto es aun más evidente si a semejanza de Melquisedec se levanta un sacerdote distinto, no constituido conforme a la ley meramente humana, sino según el poder de una vida indestructible, pues se da testimonio de él: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.»

HIMNO DOMINICAL - TONO VIII

Descendiste desde las alturas, oh compasivo; aceptaste ser sepultado por tres días por salvarnos de nuestros sufrimientos. Vida y resurrección nuestra, Señor, gloria a Ti.

TROPARIO DE LA PRESENTACIÓN - TONO I

Salve, oh Virgen Madre de Dios Llena de Gracia, porque de ti apareció brillando el Sol de la Justicia, Cristo nuestro Dios, alumbrando a los que están en las tinieblas. ¡Regocíjate, oh Justo anciano, que recibiste en tus brazos al Redentor de nuestras almas, que nos otorgó la Resurrección!

KONTAKION PRESENTACIÓN- TONO I

Tú que por Tu nacimiento santificaste las entrañas virginales y bendijiste los brazos de Simeón, como era conveniente, advirtiéndonos, y nos salvaste hoy, Cristo Dios, concede paz, en los tiempos de las guerras y fortifica a los cristianos ortodoxos a quienes amaste, oh Único amante de la humanidad.

EVANGELIO

Lectura del Santo Evangelio Según

San Lucas (2:22-40)

En aquel tiempo, Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos conforme a la Ley de Moisés, lo trajeron a Jerusalén para presentarlo al Señor (como está escrito en la Ley del Señor: «Todo varón que abra la matriz será llamado santo al Señor»), y para ofrecer conforme a lo que se dice en la Ley del Señor: «Un par de tórtolas o dos palominos». Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón. Este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel; y el Espíritu Santo estaba sobre él. Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes que viera al Ungido del Señor. Movidado por el Espíritu, vino al Templo. Cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al Templo para hacer por él conforme al rito de la Ley, él lo tomó en sus brazos y bendijo a Dios, diciendo:

«Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel». José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él. Los bendijo Simeón, y dijo a su madre María: Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha (y una espada traspasará tu misma alma), para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones.

Estaba también allí Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad muy avanzada. Había vivido con su marido siete años desde su virginidad, y era viuda hacía ochenta y cuatro años; y no se apartaba del Templo, sirviendo de noche y de día con ayunos y oraciones. Ésta, presentándose en la misma hora, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén. Después de haber cumplido con todo lo prescrito en la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño crecía y se fortalecía, se llenaba de sabiduría y la gracia de Dios era sobre él.

Katabasias: Presentación

Santoral: GRAN FIESTA DE LA PRESENTACIÓN DE NUESTRO SEÑOR, DIOS Y SALVADOR JESUCRISTO EN EL TEMPLO